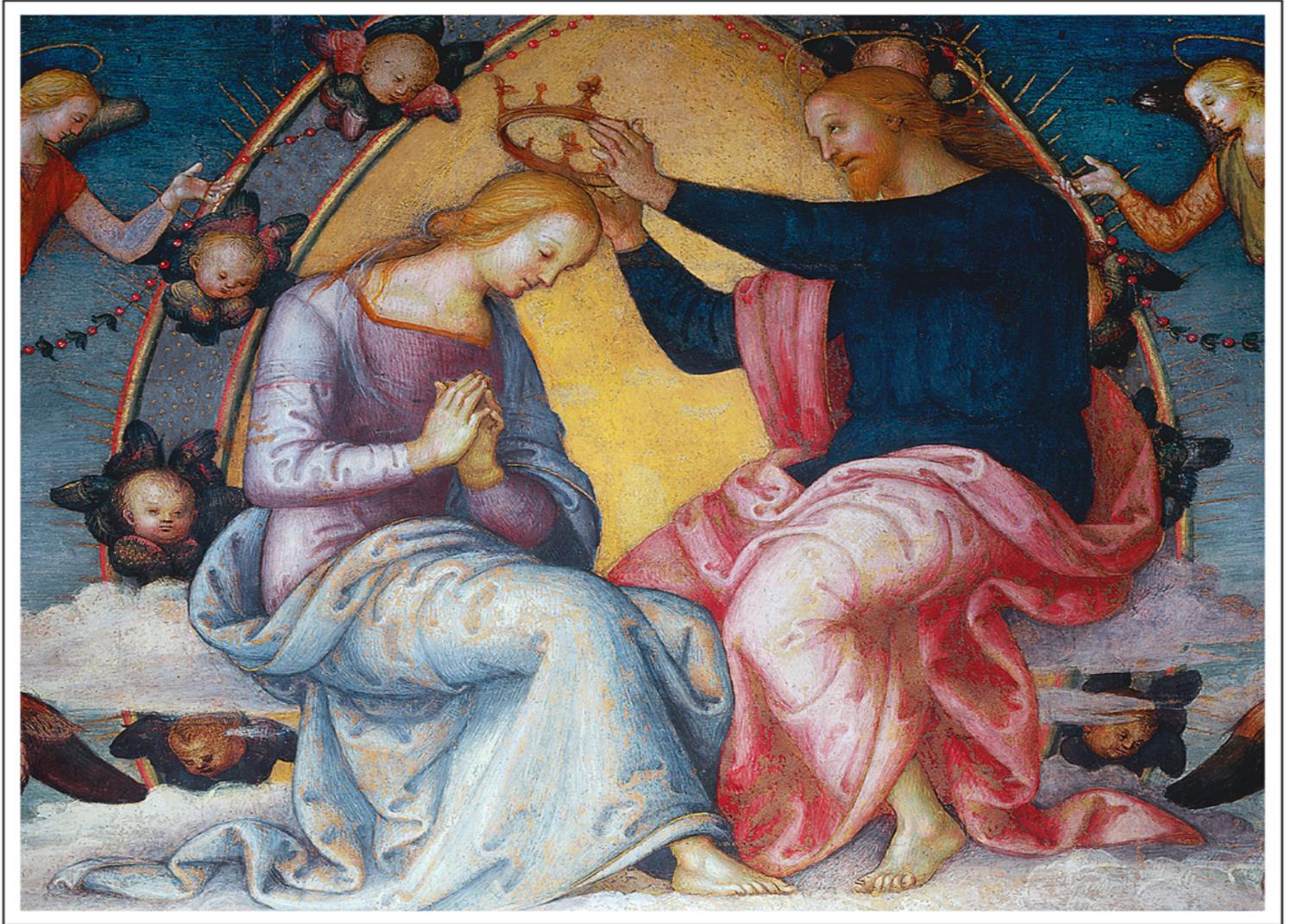


14.^a edición

SCOTT HAHN

Dios te salve, Reina y Madre

La Madre de Dios en la Palabra de Dios



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

SCOTT HAHN

DIOS TE SALVE, REINA Y
MADRE

La Madre de Dios en la Palabra de
Dios

Decimocuarta edición

EDICIONES RIALP
MADRID

Título original: *Hail, Holy Queen. The Mother of God in the Word of God*

© 2001 *by* SCOTT WALKER HAHN

Publicado por acuerdo con Doubleday, una división de The Doubleday Broadway Publishing Group, una división de Random House Inc.

© 2019 de la versión española realizada por EULALIO FIESTAS LÊ-NGOC,

by EDICIONES RIALP, S. A.,

Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid

(www.rialp.com)

Primera edición española: noviembre de 2002

Decimocuarta edición española: junio de 2019

Con aprobación eclesiástica del Obispo de Steubenville (EE.UU.). Octubre, 1999.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-3423-4

ISBN (versión digital): 978-84-321-5952-7

A Hannah

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO, por el P. Kilian Healy, O. Carm.

INTRODUCCIÓN: TODO HIJO DE MADRE. Confesiones de un hijo pródigo de María

CAPÍTULO I. MI TIPO DE MADRE. Confesiones de un hijo pródigo de María

CAPÍTULO II. VÍSPERAS DE NAVIDAD. La maternidad de María es un regreso al paraíso

CAPÍTULO III. VENERADORES DEL ARCA PERDIDA. Israel y el portador de la nueva alianza

CAPÍTULO IV. EL PODER TRAS EL TRONO. La reina madre y el rey de la dinastía de David

CAPÍTULO V. DEL TIPO A LA ENSEÑANZA. La Madre es el mensaje

CAPÍTULO VI. ¿QUÉ PASA CON LOS HIJOS? La reina madre y la familia real

CAPÍTULO VII. LA IGLESIA FINAL. ¿Quién hace de la Iglesia una Madre?

CAPÍTULO VIII. PARA CONCLUIR, UN EPÍLOGO NO APOLOGÉTICO. Defender sin ofender

APÉNDICE. LAS CUENTAS VENERABLES

ANEXO. CARTA APOSTÓLICA *ROSARIUM VIRGINIS
MARIAE* DEL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO II SOBRE
EL SANTO ROSARIO 16 DE OCTUBRE DE 2002

AUTOR

PATMOS, LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

PRÓLOGO

Unos meses antes de morir, Santa Teresa de Lisieux realizó su sueño de expresar en forma de canción todo lo que pensaba sobre la Virgen María. Tituló aquel largo poema de veinticinco estrofas: *Por qué te amo, María*. Deseaba contar la verdad acerca de la Virgen, y todo su conocimiento de María, hechos y acontecimientos, lo extrae de los Evangelios. Para Santa Teresa, María, Madre de Dios, es su madre espiritual y reina celestial, pero más madre que reina. De entre sus más de 50 poemas, este canto de amor resulta ser el favorito de los lectores y discípulos de Teresa.

Scott Hahn, en *Dios te salve, Reina y Madre*, nos cuenta, no en poesía sino en prosa, por qué ama y honra a la Virgen María y por qué nosotros deberíamos amarla y honrarla también. Aunque (como Teresa de Lisieux) el papel de María lo encuentra revelado en los Evangelios, la investigación que realiza va más allá de ellos. Es un firme partidario del principio de San Agustín de que el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, y el Antiguo revelado en el Nuevo. Por eso, no es de extrañar que halle a María prefigurada en el Antiguo Testamento, especialmente en Eva, la madre de todos los vivientes, en el arca de la alianza, y en la reina madre de la dinastía de David.

Más aún, es la reina *del cielo*, vestida de sol, del libro del Apocalipsis. La encuentra también en la Tradición eclesial, de manera particular en los Padres y dogmas de la Iglesia (que son intérpretes de la Escritura).

Scott Hahn conduce su relato de forma personal y humilde, siempre consciente de las falsas interpretaciones

de la doctrina y devoción marianas que abrazó en su día, durante su juvenil etapa anticatólica. Al escribir este libro, ha tenido la oportunidad de corregirlas. Sin embargo, su principal motivo ha sido escribir para todos los cristianos que quieran escuchar, sobre todo para los católicos, pues desea que valoren el lugar que ocupa María en sus vidas.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿querrán escucharle cristianos de diferentes denominaciones? Soy optimista. En el pasado, María ha sido para muchos un obstáculo para la unidad, pero en los últimos treinta años, desde el Concilio Vaticano II, se han dado grandes pasos hacia la unidad. Expertos bíblicos, tanto católicos como protestantes, se han reunido para estudiar juntos la Sagrada Escritura. En 1967 comenzó en Inglaterra la Sociedad Ecuménica de Santa María Virgen, que incluía líderes de las iglesias anglicana, católica, metodista y ortodoxa. En 1976 la sociedad quedó también establecida en Washington D.C. Miembros de ambas sociedades se reúnen regularmente y publican sus descubrimientos. Aunque aún quedan vastos problemas por resolver, se han hecho ya algunos progresos y las sociedades siguen adelante con esperanza e ilusión. Que María, madre de todos los cristianos y madre de la unidad, acoja de corazón sus esfuerzos, interceda ante el Espíritu Santo y ayude a conseguir la re-unión de todos los cristianos.

Una última cuestión: ¿cómo deberíamos acercarnos a este libro? Mi propio juicio me dice que sería un error considerarlo un manual de cabecera. Hay que ponderar y digerir su rico contenido. Podría servir como libro de texto para una clase de estudios marianos. Sería ideal para un grupo mariano de estudios. Con la Biblia en una mano y este libro en la otra, los lectores ganarían interés y entusiasmo en los debates acerca de los tipos de María en la Escritura y los dogmas de la Iglesia. Únicamente mediante el estudio, la reflexión y la oración podrán llevarnos estas verdades reveladas a apreciar y amar a

María, reina y madre, y, consecuentemente, a amar al Dios de misericordia que nos la ha dado.

Cuando Santa Teresa de Lisieux escribió su canto de alabanza, se justificó de esta manera: «en ti ha hecho cosas grandes el Todopoderoso. Quiero ponderarlas y bendecirle por ellas».

Scott Hahn ha ponderado las maravillas que Dios ha obrado en María y quiere compartirlas con nosotros. Nos invita a fijar la vista amorosamente en nuestra madre y reina, modelo y ejemplo para todos sus hijos. Un día nos tomará de la mano y nos conducirá suavemente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Que este libro, fruto del amor, consiga la respuesta que se merece.

Fiesta de Santa María Reina, 22 de agosto.

P. KILIAN HEALY, O. Carm.

INTRODUCCIÓN: TODO HIJO DE MADRE

CONFESIONES DE UN HIJO PRÓDIGO DE MARÍA

A pesar de mi piedad recién encontrada, sólo tenía quince años y estaba demasiado pendiente de quedar «guay».

Apenas unos meses antes, había dejado atrás varios años de delincuencia juvenil y había aceptado a Jesús como mi Señor y Salvador. Mis padres, que no eran unos presbiterianos particularmente devotos, se dieron cuenta del cambio que había dado y lo aprobaban de corazón. Si le había tocado a la religión mantenerme alejado de un arresto juvenil, bienvenida fuera.

El celo por mi nueva fe me consumía la mayor parte del tiempo. Un día de primavera, me di cuenta de que algo más me estaba consumiendo. Tenía una infección de estómago, con todos sus desagradables síntomas. Expliqué mi situación al profesor encargado de curso y me envió a la enfermería del colegio. Tras tomarme la temperatura, la enfermera me dijo que me echara mientras telefoneaba a mi madre.

Por lo que pude oír de la conversación, deduje que me iría a casa. Sentí un alivio inmediato y me quedé dormido.

Me desperté con un sonido cortante como una cuchilla. Era la voz de mi madre que rezumaba materna compasión.

«¡Ah!», dijo cuando me vio tumbado allí.

De repente, caí en la cuenta. *Mi madre me va a llevar a casa. ¿Qué pasará si mis amigos la ven sacándome de la*

escuela?, ¿y si intenta echarme el brazo por encima? Seré el hazmerreír...

La humillación estaba a las puertas. Ya podía oír a los compañeros que se burlaban de mí. *¿Viste a su madre secándole la frente?*

Si hubiese sido católico, habría descrito los siguientes quince minutos como un purgatorio. Para mi imaginación evangélica, se trataba del mismísimo infierno. Aunque miraba fijamente al techo que tenía sobre la camilla de la enfermería, todo lo que podía ver era un largo e insoportable futuro como «el niño de mamá».

Me senté para estar cara a cara ante una mujer que se me acercaba con una pena mayúscula. En realidad era su pena lo que me resultaba más repugnante. En toda compasión materna está implícito lo que necesita su «pequeño» chico; y tal pequeñez y necesidad no quedan nada «guay».

«Mamá, musité antes de que ella pudiera pronunciar palabra. ¿Qué te parece si sales por delante de mí? No quiero que mis amigos te vean llevándome a casa».

Mi madre no dijo palabra. Se dio la vuelta, dejó atrás la enfermería, salió del colegio y se fue directamente al coche. Desde ese lugar, me fue mimando hasta casa, preguntándome cómo me sentía y asegurándose de que me iría a la cama con los remedios habituales.

¡Por los pelos...!, pero estaba totalmente seguro de que había escapado con mi imagen de «tío guay» intacta. Me quedé dormido con una paz casi perfecta.

No fue hasta esa noche cuando volví a pensar en mi quedar «guay». Vino mi padre al cuarto, para ver cómo me sentía. Bien, le dije. Entonces me miró con seriedad.

«Scottie, dijo, tu religión no vale mucho si se queda en meras palabras. Tienes que pensar en cómo tratas a los demás». A continuación vino el golpe de gracia: «nunca más te avergüences de que te vean con tu madre».

No necesitaba más explicaciones. Me di cuenta de que papá tenía razón y me llené de vergüenza por haberme avergonzado de mi madre.

ADOLESCENTES ESPIRITUALES

Pero, ¿no es eso lo que pasa con muchos cristianos? Cuando Jesús estaba a punto de morir en la cruz, en su última voluntad y testamento, nos dejó una madre. «Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba junto a Ella, dijo a su madre: “Mujer, ¡ahí tienes a tu hijo!” Entonces dijo al discípulo: “¡Ahí tienes a tu madre!” Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (*Jn* 19, 26-27).

Nosotros somos sus discípulos amados, sus hermanos pequeños (cf. *Hb* 2, 12). Su casa del cielo es nuestra, su Padre es nuestro, y su madre es nuestra. Pero ¿cuántos cristianos la reciben en su casa?

Más aún, ¿cuántas iglesias cristianas están cumpliendo la profecía del Nuevo Testamento de que «todas las generaciones» llamarían «bienaventurada» a María (*Lc* 1, 48)? La mayoría de los ministros protestantes —y en esto hablo por propia experiencia— evitan hasta mencionar a la madre de Jesús, por miedo a ser acusados de criptocaticismo. A veces los miembros más celosos de sus congregaciones han sido influenciados por exaltadas polémicas anticatólicas. Para ellos, la devoción mariana es una idolatría que coloca a la Virgen entre Dios y el hombre y enaltece a María a expensas de Jesús. Podrás encontrar iglesias protestantes dedicadas a San Pablo, San Pedro, Santiago o San Juan... pero difícilmente una dedicada a Santa María. Encontrarás con frecuencia pastores que predicán sobre Abrahán o David, antepasados lejanos de Jesús, pero casi nunca escucharás un sermón sobre María, su madre. Lejos de llamarla bienaventurada, la mayoría de

las generaciones protestantes se pasan la vida sin llamarla de ninguna manera.

No se trata sólo de un problema protestante. Demasiados cristianos católicos y ortodoxos han abandonado la rica herencia de devociones marianas que poseen. Están acobardados ante las polémicas de los fundamentalistas, avergonzados por las sonrisitas de teólogos del disenso, o achantados por sensibilidades ecuménicas bienintencionadas pero descaminadas. Se alegran de tener una madre que reza por ellos, les prepara la comida y cuida la casa; sólo que les gustaría que estuviera fuera de la vista cuando haya cerca otros que no van a comprender.

«MARY, MARY, QUITE CONTRARY»[\[1\]](#)

Yo también he sido culpable de esta negligencia filial... no sólo con mi madre de la tierra, sino también con mi madre en Jesucristo, la Bienaventurada Virgen María. La senda de mi conversión me llevó de la delincuencia juvenil a ser ministro presbiteriano. A lo largo del camino, tuve mis momentos antimarianos.

Mi primer encuentro con la devoción mariana tuvo lugar cuando murió mi abuela Hahn. Había sido la única católica por ambas partes de mi familia: un alma tranquila, humilde y santa. Como yo era el único miembro religioso de la familia, al morir ella, mi padre me dio sus objetos religiosos. Los miré con horror. Agarré su rosario y lo destruí totalmente, diciendo: «Dios, líbrala de las cadenas del catolicismo que la han tenido atada». Lo decía tan en serio como actuaba. Veía al Rosario y a la Virgen María como obstáculos que se interponían entre la abuela y Jesucristo.

Incluso a medida que me acercaba lentamente a la fe católica —movido inexorablemente por la verdad de una doctrina tras otra— no lograba aceptar la enseñanza mariana de la Iglesia.

La prueba de su maternidad habría de llegar, para mí, únicamente cuando tomé la decisión de empezar a ser hijo suyo. A pesar de los poderosos escrúpulos de mi formación protestante —recuerda que unos años antes había roto el rosario de mi abuela—, un día tomé un rosario y empecé a rezarlo. Rezaba por una intención muy personal y aparentemente imposible. Al día siguiente, volví a cogerlo, y al día siguiente y al siguiente. Pasaron meses antes de que me diera cuenta de que aquella intención mía, aquella situación en apariencia imposible, se había resuelto desde el día en que recé el Rosario por primera vez. Mi petición había sido concedida.

DE AQUÍ A LA MATERNIDAD

Desde ese momento, conocí a mi madre; conocí verdaderamente cuál era mi hogar en la familia de la alianza de Dios: sí, Cristo era mi hermano. Sí, me había enseñado a rezar «Padre nuestro». Ahora, en mi corazón, aceptaba su mandato de mirar a *mi* madre.

Con este libro me gustaría compartir esa mirada —y sus inquebrantables fundamentos escriturísticos— con cuantos cristianos quieran escucharme, piadosamente, con mente abierta. Me gustaría dirigirme de modo particular a mis compañeros católicos, porque muchos de nosotros necesitamos volver a descubrir a nuestra madre, descubrirla por vez primera, o quizá verla con nuevos ojos. Hasta los que se mantienen fieles a la Madre de Dios pueden hacerlo, a veces, de forma innecesariamente defensiva: apoyan a su madre de manera desafiante, aunque apenas puedan dar un mínimo sentido bíblico a sus devociones. Se aferran a unos cuantos pasajes del Nuevo Testamento como a una especie de último recurso mariano. Estos buenos católicos —aunque ciertamente reverencian a su madre— no comprenden plenamente su significado dentro del plan divino.

María llena las páginas de la Sagrada Escritura desde el principio del primer libro hasta el final del último. En el plan de Dios, estaba presente desde el comienzo de los tiempos, al igual que los apóstoles, la Iglesia y el Salvador; y lo estará también en el momento en que se cumplan todas las cosas. Mientras tanto, su maternidad es un descubrimiento que está a la espera de que se haga. Cuando aún era protestante, y aspirante a profesor de Sagrada Escritura, me propuse en cierta ocasión investigar la maternidad y la paternidad en la Biblia. Encontré cientos de páginas de estudios excelentes sobre paternidad, patriarcado, etcétera... pero tan sólo unos pocos párrafos acerca de la maternidad, matriarcado o condición de las madres.

¿Qué es lo que pasa? Quizá la maternidad nos resulte tan poco conocida y apreciada, porque nuestras madres están demasiado unidas a nosotros. Los niños, por ejemplo, no pueden comprender que «madre» es una entidad separada, hasta que tienen varios meses de edad. Algunos investigadores dicen que no llegan a darse cuenta del todo hasta que son destetados. No estoy seguro de que podamos *nunca* distanciarnos psíquicamente de nuestras madres... aunque de quinceañeros las hagamos caminar unos pasos por delante de nosotros.

EN MARCHA

Hagamos, pues, este descubrimiento juntos. Caminemos con el Pueblo de Dios a través de los momentos de la creación y de la caída..., y de la promesa de la redención, desde la entrega de la Ley hasta el establecimiento de un reino. A cada paso encontraremos la promesa de una patria, que incluye una deslumbrante reina que es también una madre para su pueblo. A cada paso encontraremos la promesa de un hogar, con una madre que es también poderosa intercesora para sus hijos. En la etapa más

importante, encontraremos una *reina madre*, que llena por sí sola el reino de Cristo y su casa.

Aunque pienses que debes emprender este viaje unos cuantos pasos por detrás —a cierta distancia de la madre más bendita de la historia—, te ruego que sigas caminando conmigo, y con María, hacia nuestro común destino, nuestra casa común de la Jerusalén celestial.

[1] Hemos dejado este título sin traducir, pues corresponde al primer verso de una popular canción infantil. Es característico de Scott Hahn dividir los capítulos mediante subtítulos llamativos, que no guardan mucha relación con el contenido. Al traducirlos al español, muchos de ellos pierden la fuerza evocadora o provocadora que tienen en inglés. Así, por ejemplo, «Huellas de amor» (p. 30) está en lugar de «*Traces of love, long ago*», de la canción *Traces* de Gloria Estefan; «Seamos metafísicos» (p. 27) traduce el original «*Let's get metaphysical*», conocido tema instrumental de David Gilmour; «María tuvo un hombrecillo» (p. 57) es una variante de otra canción infantil («*Mary had a little lamb/man*»). A veces el porqué de un subtítulo estriba en el juego de la homofonía (lógicamente en inglés): «*Justin Time*» con *just in time* («Los tiempos de Justino», p. 47), «*Ark the herald angels sing*», con *Hark, the herald angels sing* (un famoso villancico, que no hace referencia a un arca: p. 56). Aunque el efecto sorpresa de estos subtítulos está matizado por la imposibilidad de traducirlos, el lector español puede hacerse una idea con algunos que lo evocan aun traducidos, como, por ejemplo: «*Cutting the Umbiblical Cord*» (p. 40), «Fetal Attraction» (p. 95; que juega con el título de la película *Fatal Attraction*), «*The Mediatrix is the Message*» (p. 118; remedo de *El medio es el mensaje*, de Marshall Mc Luhan), etc. (n. del tr.).

CAPÍTULO I

MI TIPO DE MADRE

LA LÓGICA DE AMOR DE LA MATERNIDAD DE MARÍA

Las madres son las personas más difíciles de estudiar. Se escapan a nuestro examen. Por naturaleza y por definición, son relacionales. Se las puede considerar *como madres* únicamente con relación a sus hijos. Es ahí adonde dirigen su atención, y ahí es donde querrían concentrar la nuestra.

La naturaleza mantiene tan unidos a la madre y al hijo que, en los nueve primeros meses de vida, casi no se distinguen como individuos. Sus cuerpos están hechos el uno para el otro. Durante el embarazo, comparten la misma comida, sangre y oxígeno. Después del parto, la naturaleza sitúa al hijo ante el pecho de la madre para alimentarse. Los ojos del neonato apenas pueden ver más allá que para mantener contacto visual con mamá[1]. Los oídos del recién nacido pueden percibir claramente los latidos del corazón de su madre y los tonos agudos de la voz femenina. La naturaleza ha hecho que incluso la piel de la mujer sea más suave que la del marido, más adecuada para acunar la sensible piel de un bebé. La madre, en cuerpo y alma, apunta más allá de sí misma, hacia su hijo.

Pero por más unidos que nos mantenga la naturaleza a nuestras madres, siguen siendo misteriosas para sus hijos. Continúan siendo un misterio. En palabras del padre Brown de G. K. Chesterton: «a veces algo puede estar demasiado cerca para verlo».

Como Madre de Dios, María es la madre por excelencia. Por eso, si todas las madres se nos escapan, Ella más aún. Si todas las madres se dan a sí mismas, Ella todavía más. Si todas las madres apuntan más allá de sí mismas, María en mucho mayor grado.

En tanto que verdadera madre, María considera que ninguna de las glorias que posee le pertenece. A fin de cuentas, Ella señala hacia fuera de sí, tan sólo está cumpliendo órdenes de Dios: «he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1, 38*). Incluso cuando reconoce sus excelsos dones, reconoce que son dones: «todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (*Lc 1, 48*). Por su parte, el alma de María no se «magnifica» a sí misma, sino «al Señor» (*Lc 1, 46*).

¿Cómo, pues, podremos acercarnos a este escurridizo tema, si Ella ha de ser siempre relacional?, ¿cómo podemos empezar a estudiar a esta mujer que siempre desvía la atención de sí misma hacia su Hijo?

SEAMOS METAFÍSICOS

Para entender a la Madre de Dios, debemos empezar por Dios. Toda mariología, toda devoción mariana, tiene que comenzar por una sólida teología y una fe firme en el Credo. Todo lo que hace María, y todo lo que es, deriva de su relación con Dios y de su correspondencia al plan divino. Ella es su madre, su esposa, su hija, su sierva. No podemos empezar a conocerla si, primeramente, no tenemos nociones claras sobre *Él*: sobre Dios, su providencia y la relación con su Pueblo.

Y eso no es tan sencillo como alguna gente querría hacernos creer. A fin de cuentas, dependemos del lenguaje que engarza con nuestra imaginación y hace comprensibles cosas invisibles, bien por comparación con las cosas que vemos: Dios es ilimitado, como el cielo; ilumina, como el fuego; está en todas partes, como el viento. O bien